

Yo no he leído Millenium

Antonio de Orbe

El manatí emergió a la superficie del agua y con dos brazadas alcanzó las escaleras de la piscina. Levantó su corpulenta mole hasta la altura del borde, con decisión mientras parte de su cuerpo estaba aún en el agua, más despacio cuando la gravedad tiró de sus carnes hacia abajo. Graciosamente se sacudió las gotas de agua de su bronceada piel, respiró hasta el fondo con la satisfacción de haber realizado su cuota diaria de ejercicio físico y se dirigió a la tumbona con parsimonia. Una vez allí, se colocó las gafas de sol y retomó la lectura de Millenium.

Desde mi puesto de observación, al otro lado de la piscina, no pude apreciar cual era el volumen que leía. La característica portada y el largo título denotaban sin embargo la pertenencia a la serie. Tras media hora de atenta vigilancia por mi parte y absorta lectura por la suya, agobiado por el calor, me di un chapuzón. Justo en ese momento, un miembro de su familia llamó la atención del manatí que abandonó la lectura. Dejé transcurrir el tiempo necesario para que se perdiera de vista tras unos árboles y después de comprobar que nadie observaba la escena, con todo el sigilo y rapidez que pude, salí del agua, tomé el libro, pasé por mi sitio, recogí mi toalla, me precipité hasta mi bloque sin volverme a mirar, subí las escaleras al galope, entré en casa y, aún chorreando, cerré la puerta. Jadeante, excitado y contento miré mi cosecha. Ya tenía uno. Con el corazón a punto de saltar de mi pecho, me acerqué a la ventana que da a la piscina. El manatí daba vueltas sin comprender mientras el mocosito Fernandito señalaba en la dirección en que me encontraba tumbado antes de mi intrépida acción. Sonreí satisfecho. Nadie me acusaría de haber robado un libro. Más de una docena de ejemplares bajaban esos días a la piscina acarreados por sus dueños. Cualquiera podía haberse llevado uno equivocadamente. Miré el libro esperando encontrar algún rastro de la supuesta magia, algún humo morado o algún resplandor áureo. O al menos averiguar cual era el volumen. Mierda. Era el segundo. Aún me quedaba trabajo.

Yo no he leído Millenium. Me siento muy desgraciado por ello. Los comentarios, las miradas indisimuladas, las sonrisas de la gente por un lado. El afán de saber, el no querer perderme algo tan valorado por otro lado hacen que su lectura sea inaplazable.

Al principio no era tan complicado. Tan solo esporádicamente hablaba con alguien del tema. El primero fue Ramón, el vecino del tercero cuyo 4x4 ocupaba casi dos plazas causando no pocos problemas al resto. Apenas había comenzado el verano. Sentado a mi lado en la piscina cerró el libro ostensiblemente satisfecho. ¿Te gusta? pregunté inocentemente. Es lo mejor que he leído nunca, respondió decidido. Y tú ¿qué lees? Mi respuesta le dejó indiferente pese a tratarse de un autor latinoamericano bien conocido. Con el fin de mantener la conversación mencioné un par de títulos que me habían gustado recientemente. Tampoco esto causó el menor efecto en Ramón. Hice un último esfuerzo y le pregunté por otras lecturas por si podíamos alargar la charla un rato más. ¿Otros libros? preguntó sorprendido. Meditó un rato antes de responder: nada mejor que Millenium. Juzgando insustancial mi conversación, Ramón volvió a su libro mientras yo me quedaba pensando cuales podrían ser las otras lecturas de Ramón.

Otro día fue la cándida Eva. Nunca la había visto con un libro en las manos. El Hola a lo más. Y allí estaba con su libro. Es maravilloso, comentó cuando me senté a su lado. Nunca pensé que la lectura pudiera ser tan apasionante. Antes había probado con el yoga y el punto de cruz, pero esto es distinto. Cuando te veía leer me parecía que debía ser aburridísimo. Sin embargo ahora todo ha cambiado. Estoy deseando acabar el primero para empezar el segundo. Y con el tercero tengo para todo el verano. Gazpacho, bronceado y Millenium, ¿qué más puedo desear? ¿Hombres?, pregunté burlón. La mueca de disgusto de Eva me hizo desistir de la conversación. Gazpacho, bronceado y Millenium, ¿cómo iba una chica a desear hombres en verano? Vaya tontería.

Según iba pasando el verano, la piscina se iba llenando de gente. La crisis había recortado los presupuestos de las vacaciones y los apartamentos se llenaron de familias. Varias generaciones, que se hacinaban en los pisos de los abuelos hasta este verano desiertos, se disponían en la piscina al modo de clanes. Uno contaba incluso con una bisabuela. Y con la gente, los libros aparecieron por doquier. Cada vez me costaba más encontrar sitio para la toalla. Cada vez me encontraba

más aislado. Tenemos que comprar los libros, comenté a mi mujer. Ni se te ocurra, respondió. Tenemos la casa llena de libros. Pídelos prestados. O róbalos, dijo con malicia. Una sugerente promesa se escondía tras sus palabras. Llevábamos algunas semanas distanciados por problemillas que no vienen a cuento y aquella sonrisa me devolvió la esperanza de recuperarla.

De modo que me puse a ello. Pregunté a mi familia. Pregunté a mis amigos. Me los han prestado, respondieron unos. Los he prestado contestaron otros. Yo no presto libros, nadie los devuelve, fue otra de las réplicas. Todos los habían leído. Todos menos yo. Contraviniendo el trato con mi mujer, me decidí a comprarlos. Mi sorpresa fue mayúscula cuando comprobé que se habían agotado. No creo que lleguen de nuevo ejemplares en español hasta dentro de dos o tres semanas, quizá hasta el final del verano, me dijo el dependiente. ¿Lo tiene en inglés? No, tampoco, pero si lo desea, hay unos ejemplares en sueco. ¿Sueco? ¿Cómo iba a comprar unos libros en sueco? Con los fracasos, la ansiedad se fue apoderando de mí. También una sorda determinación. Lo haría. Los conseguiría. Los leería.

Una noche tuve un sueño agobiante. La comunidad de vecinos se hallaba reunida en junta extraordinaria con un único punto en el orden del día, la discusión sobre la trilogía. ¿Quién no ha leído Millenium?, preguntó el presidente desde su estrado. Yo no he leído Millenium, dije temblando desde el final de la sala. Todos se volvieron hacia mí. El presidente, propietario de la Panificadora Castellana, me señaló con el dedo. Aterrado, huí de la junta extraordinaria perseguido por la comunidad en pleno. Esa misma noche, en otro sueño, se presentó el mismísimo Larsson. Tenía la cara de Jack Nicholson, pero yo sabía que era el autor porque me hablaba en sueco. Me recriminó con severidad por no haberle leído. De pronto, imágenes de mujeres delgadas lo invadieron todo. Traté de pedir auxilio, pero sólo una vocecilla salió de mi garganta, suficiente para despertar a mi mujer que me sacó de la pesadilla. Empapado en sudor, no pude seguir durmiendo. A la mañana siguiente cometí mi primer robo.

Ya lo tengo, anuncié a mi mujer. Es el segundo, contestó algo contrariada. Deberíamos empezar por el primero ¿no? Los conseguiré. Conseguiré los tres, aunque tenga que robarlos todos. Claro mi amor. Ven aquí, ordenó cariñosa. Y un apasionado beso fue seguido de un torrente sensoriomotor largo tiempo añorado. Un hombre nuevo. Eso era yo. Tampoco había sido tan difícil la hazaña. Y había recuperado la relación con mi mujer.

Una tarde me senté con Antonio, con el que me llevaba bastante bien, aunque su compañía era incómoda porque estaba bastante sordo. No he querido resistirme, me confesó. Es mejor pasar por el aro y leerlos. ¿Y tú? Aún no he podido conseguirlos, murmuré. Ahora estoy con Salgari, con Sandokán, ideal para el verano ¿Cómo dices? Que aún no los he leído, que estoy con Sandokán, dije en alta voz. El clan próximo seguía atentamente la conversación. ¿Qué tal tu mujer?, preguntó. Ahora estamos muy bien, respondí. Aprovecha el verano, chilló Antonio. Cuando llegue el invierno no vas a mojar ni la mitad, vociferó. Un segundo clan, adyacente al próximo, no pudo reprimir las sonrisas.

Sólo un vecino se salió de la norma. Laureano, un viejo que vivía en el tercer piso del bloque D. Era serio, alto y enjuto. Me recordaba a Clint Eastwood. ¿Y tú, no lees Millenium?, pregunté escéptico. Su respuesta me dejó atónito. Yo soy del Atlético, dijo con aplomo. ¿Y...? Cuando alguien es del Atlético, lo demás no importa, chaval. Bravo, Laureano, pensé aliviado. Por fin alguien que no los ha leído. Por fin un alma gemela.

Los dos siguientes libros fueron cosa fácil. Un día acudí a la oficina y aprovechando un descuido, entré en un despacho y me llevé uno. Ese mismo día, corriendo por el parque robé otro. Sus dueños, sorprendidos, tardaron en reaccionar y aunque me persiguieron, la ventaja que les llevaba resultó insuperable. El tercer volumen y... para mi desgracia, de nuevo el segundo. Mierda, tenía dos copias del segundo y una del tercero, pero me faltaba el primero sin el cual no podía ni empezar. A pesar de ello el paraíso del amor conyugal empezó a florecer.

Las vecinas de los terceros B y C hablaban desde sus terrazas blandiendo sendos ejemplares de la trilogía. Tres personas más leían en sus tumbonas los gruesos volúmenes. ¿Y tú, sigues leyendo esas cosas extrañas?, comentó Julio, el arrogante vecino del primero, mientras me miraba desdeñoso. Sí, bueno, estoy con Alejandro Dumas, balbuceé, siempre me han gustado los novelones románticos. Son estupendos para el verano. Yo ya estoy de vuelta de todo, dijo Julio. He leído Millenium. Para qué leer más. Bueno, hay otras cosas, dije. Sí, ja, ja respondió riendo. El Playboy. Chico, una vez que has hecho lo más grande, una vez has leído la obra cumbre de la literatura universal, no tiene sentido continuar. Es como el gol de Zinedine. ¿Zinedine?, pregunté. Si hombre, Zinedine Zidane. Ah, el de Victoria. No, respondió irritado, ese es Beckham, David Beckham. Como te decía, continuó más calmado adoptando una pose de orador romano, ya está todo escrito. Ya está todo leído. Dentro de poco empieza la temporada. Lo demás no importa. ¿La temporada... de qué? Julio me miró como si delante tuviera un subnormal. De qué va a ser. La temporada de fútbol.

Extendí la toalla donde pude dispuesto a sufrir las afrentas de mis congéneres que no se hicieron esperar. Aunque no todas eran malévolas. Quizá era todo susceptibilidad mía. Como en caso de la dulce Verónica. Erguida, una vigésima parte de su piel se ocultaba a la vista. La mitad correspondía a las plantas de los pies. El resto era el bikini. ¿Sabes?, dijo, me recuerdas un montón a X. ¿X? pregunté extrañado. Sí, eres igualito. ¿X, no será un personaje de Millenium? Sí, claro. ¿No me digas que no lo has leído? Si quieres... puedo introducirte... en la trilogía, dijo picarona. Oh no, pensé. Lo que me faltaba. Verónica era mi vecina puerta con puerta y quería introducirme en la trilogía. Quizá sólo porque era igualito que X. ¿Y mi matrimonio recién rescatado? Definitivamente me estaba volviendo loco. Por cierto, continuó, ¿has oído hablar del ladrón de libros? Dicen que alguien los roba. Un perturbado, seguramente. Sólo alguien sin escrúpulos podría robar la ilusión a otro ser humano. Sólo alguien... Antes de escuchar el final de la frase me tiré de cabeza a la piscina.

Llevaba un par de días observando a Eulalia, una abuela que vivía sola. Su marido la había abandonado y sus hijos y nietos apenas

venían a visitarla. No es muy heroico robarle a una abuela pero no quería correr ningún riesgo y no era probable que nadie saliera en su defensa. A estas alturas conocía bien los volúmenes y no había duda de que se trataba del primero. La abuela estaba a punto de concluir su lectura. Planté la toalla a su lado y esperé a que llegara la ocasión, la cual no se hizo de rogar. Eulalia cerró el libro y lo dejó a un lado, se quitó las gafas y miró a un punto indeterminado en el cielo. Luego cerró los ojos en actitud de aprehender mejor el contenido del libro, de saborear los mejores pasajes, de volver a emocionarse con el final, de recorrer el lejano mundo en el que había vivido los últimos días. Es el momento, me dije. Con el aplomo que me proporcionaban mis exitosos robos, alargué el brazo y cogí el libro. Abandoné mi campamento y me dirigí a casa con parsimonia. Ya tenía el primero y una vez más había sido un robo fácil. En estos autocomplacientes pensamientos me hallaba cuando la abuela chilló a mi espalda: ¡Ladrón. Me ha robado mi libro! Seguí caminando, ahora con vacilación, esperando en que nadie la hiciera caso. Sin embargo, dos metros más allá, Ramón, el del 4x4 me cortó el paso. Más vecinos acudieron al bullicio y de pronto me vi rodeado. Enseña el libro, me ordenó un vecino. Es mío, repliqué sin convicción, me lo han prestado en la oficina. Él me robó mi libro, escupió el manatí, tuve que acabarlo en sueco. No ha leído ninguno, dijo otro, sólo lee a Sandokán. Me quiso meter mano, denunció la dulce Eva. No se ducha antes de entrar en la piscina, declaró otra. Todo un conjunto de agravios mayores o menores de los que yo era responsable salieron a relucir como si llevaran tiempo esperando el momento. El mocosito Fernandito me propinó un fuerte puntapié en el tobillo y a continuación se meó en mi pantorrilla. En el tumulto me pareció ver a dos vecinos pasando una gruesa soga por la rama del magnolio de la piscina. Llegó el presidente, quizá mi salvación, un hombre ecuánime votado por la comunidad para ser su guía, la suprema autoridad por encima del administrador y el conserje, pero ante mi desesperación, extendió el puño cerrado con el pulgar hacia abajo. A partir de ese momento me supe perdido. Las imágenes se hicieron confusas, los sonidos se mezclaron, las ideas se sucedieron vertiginosas en mi cabeza. Olía a miedo, a orines y a excrementos. Era el fin.

Un momento, señora, dijo una voz familiar. Su libro está aquí. Se hizo el silencio y todos nos volvimos hacia mi mujer que señalaba un libro sobre la toalla de la abuela. Prestos acudimos a comprobar que en efecto el segundo volumen de la trilogía estaba en la toalla. Confusa, la abuela comenzó a balbucir: no es posible... el segundo... pero si yo estaba leyendo... Enhorabuena, Eulalia, se apresuró a felicitar un vecino, ya va por el segundo. El segundo libro era el ejemplar repetido que yo había robado en el parque. En silencio todas las miradas se dirigieron al presidente esperando su veredicto. Era el líder natural, el pastor del rebaño. Un hombre justo pero también magnánimo. Su rostro se revistió de la máxima dignidad, carraspeó y comenzó su alocución. Mi padre fundó Panificadora Castellana hace más de 50 años. En todo este tiempo nos hemos regido por el principio de la honradez y la justicia. Hizo una pausa para realzar el discurso que fue aprovechada por los vecinos para emitir unos murmullos de aprobación. Ante casos similares mi padre siempre decía: No dejes que el pasado arruine el futuro. Tras una nueva pausa, una sonrisa acudió a su rostro para sentenciar: Ya eres de los nuestros, bienvenido al club. Sus palabras obraron el efecto de relajar el ambiente y a continuación fui objeto de palmadas, agasajos y recomendaciones de todo tipo. No lo leas el váter, se te queda la marca en el culo, fue el consejo más estimable. Rehabilitado, con el libro en la mano y la cabeza bien alta me dirigí a casa acompañado por mi mujer no sin antes propinar una tremenda colleja al cabrón de Fernandito que se desapareció aullando. Desde la orilla contraria, Laureano, apoyado en un árbol, idéntico a Clint Eastwood, me miró con reproche y cansancio. Lo sabía, parecía decir, sólo quedo yo, el del Atlético.

Mi mujer llevaba un rato en el baño preparándose para lo que sin duda iba a ser una memorable sesión con fuegos de artificio. Los tres volúmenes estaban encima de la mesa formando una imponente torre. Por hacer más corta la espera tomé el valioso ejemplar y comencé a leer. *Se había convertido en un acontecimiento anual. Hoy el destinatario de la flor cumplía ochenta y dos años. Al llegar el paquete, lo abrió y le quitó el papel de regalo. Ya estoy, cariño, puedes venir, oí decir a mi mujer desde el tálamo. Un momento*

corazón, respondí, enseguida voy. *Acto seguido, cogió el teléfono y marcó el número de un ex comisario de la policía criminal...*

L.A. dos de septiembre de 2009